

Diálogos de la clase médium

(1979)

1980

I. La causa de la causa
que es causa de lo causado

1983

II. Adán Retorna

1986

III. La incontenible vida
del respetable señor Ta Kah Brown

En estas farsas las acotaciones de situación
pueden ser dichas en voz alta.

1980

I. La causa de la causa que es causa de lo causado

PERSONAS

ÉL
ELLA
TRES POLICÍAS

I

Es la noche en su primer capítulo. La luna, anclada entre bajales de bruma, indica que la luz – las luces; luz de luces- viene en camino con el propósito de iluminar tenuemente la escena. Es también una pareja en la calle de siempre que trata de partir en dos el escenario, cubrir de telones la cabeza torpe de la soledad escénica. Un policía lleva en su mano derecha una porra / ja la porra con él, con todos ellos!, ¡¡con todas las policías de este perro mundo policiaco!! / enguantada de blanco su mano de carne, mano de tierra estéril, de apagadas estrellas, mano de meteoritos oscuros e inmóviles. Después de que este policía observa con cuidado a la pareja, advierte que sus actitudes no son normales (del policía), que su manera de conducirse es por demás sospechosa (de la pareja, claro está) ¡vamos, que no son ni un policía ni una pareja normales, precisamente!, sino que su conducta, como la de todas las parejas policiacas, es nada menos que la de una pareja decididamente neurótica, incluso con manchas de Roschard en el rostro de los personajes / una cierta especie de paño psicológico, de natural alérgico; probablemente causado por la ecología del escenario donde esta obra se presenta / y una inmensa variedad de tics nerviosos entre ellos. En

el escenario, además de todo esto que se ha dicho, debe permanecer una silla de madera dorada, un vaso con agua bajo de la silla y un florero de aparente cristal cortado con dos o tres crisantemos blancos; entre ellos una tarjeta con las iniciales HA. Es la noche de 197... Al fondo, una casa; mi casa; la de todos ustedes.

POLICÍA I.- (Se acerca cautelosamente a la pareja.) ¿Qué hacen ustedes?

ÉL.- (Justificándose y con manifiesto desgano.) Paseamos.

POLICÍA I.- (Acaso incrédulo.) ¿A estas horas?

LA PAREJA.- (Desafiantes.) Sí, a estas horas...

POLICÍA I.- (Por decirles algo.) ¿Son amigos?

LA PAREJA.- (Aún más desafiantes.) No. Amantes.

POLICÍA I.- (Por decirles algo más fuerte.) Entonces, ¡atentan al pudor!

ÉL.- (Quizá un poco asustado.) No, señor.

POLICÍA I.- (Por seguir el interrogatorio.) Y... ¿esa ropa?

ÉL.- Mezclilla.

POLICÍA I.- Son obreros...

ÉL.- No.

POLICÍA I.- (Para prenderlos in fraganti.) ¿Entonces...?

ÉL.- Andamos a la moda.

POLICÍA I.- (A la mujer, con gran respeto.) Y usted, ¿esa camisa?

ELLA.- (Acostumbrada a la buena tela.) Manta. Es de manta.

ÉL.- (Muy entusiasmado.) ¡Sí... ¡¡manta campesina!!

POLICÍA I.- (Muy inteligente) Pero... ¡ella no es campesina! (Pausa grave.) ¿Entonces?

ÉL.- Es la moda, ya dijimos.

POLICÍA I.- (Sin que lo abandone la inteligencia.) Ella... ¿también?

ÉL.- Sí, ella también.

ELLA.- Sí... yo también...

ÉL.- (Interviniendo oportuno.) ¡Pero no vive de eso!

POLICÍA I.- (Desconcertado.) ¿De qué?

ÉL.- Ella no vive de la moda.

POLICÍA I.- ¿No? ¿De qué vive?

ÉL.- (Evasivo.) Vive de otra cosa.

ELLA.- (Advirtiendo que el policía no entiende nada.) ¡YO VIVO A LA MODA, NO VIVO DE LA MODA!

POLICÍA I.- (Muy próximo a la mujer y refiriéndose a su blusa.) ¿Rabanne? ¿Paco Rabanne?

ELLA.- (Se da cuenta de que el policía le está tendiendo una trampa.) No.

POLICÍA I.- (Relacionándolo tardíamente a él con ella.) Entonces... amantes...

ÉL.- (Tratando de darles seguridad a su amiga y al policía.) Ella vive conmigo.

ELLA.- (Recogiendo la coartada.) Sí... vivimos juntos.

POLICÍA I.- Y me dicen que son...

ÉL.- ¡¡AMANTES!!
 ELLA.- ¡Sí, y estamos en la misma causa!
 POLICÍA I.- Y no atentan al pudor.
 ÉL.- No, no atentamos al pudor de manera alguna.
 POLICÍA I.- ¿Y en qué causa están?
 ÉL.- “En la causa de la causa que es causa de lo causado.”
 ELLA.- (*En discreta actitud filosófica.*) Somos tomistas.
 POLICÍA I.- ¡Bebedores... alcohólicos... dipsómanos...!
 ELLA.- No. Tomistas, de tomo, volumen, rollo. De Tomás de Aquino. Santo Tomás.
 POLICÍA I.- (*Con certeza absoluta y enfurecido.*) ¡Curas disfrazados!
 ÉL.- (*Rechazando la agresión.*) ¡No. Nunca!
 POLICÍA I.- (*Dándole al clavo.*) ¡Travestistas!
 ÉL.- (*Igual.*) ¡No. Nunca!
 ELLA.- (*Malintencionada y poniendo en entredicho a su compañero.*) Él es homosexual, en ocasiones...
 ÉL.- (*Aclarando la situación y ciertamente molesto con ella.*) Homosexual, aunque no travestista.
 POLICÍA I.- (*Complacido.*) Eso es bueno.
 ÉL.- (*Motivando su conducta sexual.*) Lo hago porque es parte de la causa.
 POLICÍA I.- ¿Qué causa?
 ÉL.- La causa de la causa que es causa de lo causado.
 POLICÍA I.- Ah, sí... ya lo sé.
 ELLA.- La causa de nuestra liga, de nuestra unión.
 POLICÍA I.- La causa de lo causado.
 ÉL.- ¡Precisamente!
 POLICÍA I.- (*Sorpresivamente.*) ¡¡HABLEN!!

Por la vidriera de la casa del fondo –telón de fondo- se advierte una brizna de hierba: es la mofletuda cara de Mickey Rooney que se asoma a ver la presentación, en actitud análoga a la que tenía cuando era el hijo del juez Hardy: mejillas de cerdo, ¡pum!, piel de asno moreno, ¡pum, pum! Ímpetus de búfalo y unos infulos de Cid, ¡pum, pum, pum! Saca un peine de carey y silba entre los dientes de su peine de carey improvisado la melodía que servirá de fondo musical para la escena que sigue. M. R. sabe que Ava Gardner – su vieja Ava- es un hombre leal de barba entrecana, de cabellera rispida y de senos chorreando como velas de sebo en la basílica de santa Sofía. El joven de la vidriera –como también el público de esta noche- es un joyero que seguramente permanecerá ciego; ciego sin remedio como los héroes garbanzos, como los galanes galanazos del hogar dulce hogar.

ÉL.- ¡¿Cómo?!
 POLICÍA I.- (*Desesperadamente, ya que éste es un extraño policía que se exalta con facilidad.*)

¡¡HABLEN!! ¡¡DECLAREN!! ¡¡CONFIESEN!!
 ¡¡HAGAN ALGO!!
 ELLA.- (*Contagiada.*) ¡¡HABLA!! ¡¡DECLARA!!
 ¡¡CONFIESA!! ¡¡HAZ ALGO!!
 ÉL.- (*Dándose cuenta de todo.*) Lo he dicho todo...
 POLICÍA I.- (*Muy hábilmente lo conduce a declararse culpable.*) ¿Sí, eh? ¡¡Usted lo ha dicho todo, pero no ha declarado nada!!
 ELLA.- (*Tratando de acabar de una vez por todas con esta situación escénica atroz.*) ¡¡Sí...!! ¡Siempre que nos sorprenden en acción, hablas, declaras, ¡lo dices todo, pero no confiesas nada!
 ÉL.- ¿Qué quieres que haga?
 ELLA.- Algo, simplemente... No lo sé con precisión, pero necesito que hagas algo... Si no... (*Cuidado, director de escena.*)
 ÉL.- Si no, ¿qué?
 ELLA.- Si no...
 ÉL.- ¡Dilo de una vez!
 ELLA.- ¿Delante de él? (*Se refiere al policía.*)
 ÉL.- Sí. No importa.
 POLICÍA I.- (*Más hábil que la última vez.*) Si él no confiesa, hágalo usted por él, señorita.
 ELLA.- Está bien. Si no... (*Intempestiva.*) Confieso que ¡te abandonaré!
 ÉL.- ¿Ahora?
 ELLA.- ¡Ahora mismo!
 ÉL.- (*Cambian de tono el personaje y la escena. Mutis de Mickey Rooney.*) ¿Y... me dejarás solo en la lucha?
 ELLA.- (*Fríamente calculadora.*) Podemos seguir luchando cada uno por su lado.
 ÉL.- (*Resignándose.*) No es lo mismo. La unión hace la fuerza...
 POLICÍA I.- (*Entusiasmado por haber obtenido lo que quería.*) ¡Ah, esa frase es buena. Repítala!
 ÉL.- (*Igual de resignado.*) No es lo mismo. La unión hace la fuerza...
 POLICÍA I.- (*Triunfante.*) Muy bien. Lo doy por confesado.
 ELLA.- ¡Yo no!
 ÉL.- ¿Qué pretendes entonces?
 ELLA.- Abandonarte.
 ÉL.- ¿Y luchar sola? ¿Aislada?
 ELLA.- (*Ahora ella es una mujer fatal.*) No, sola jamás. En cada calle me espera un agente de la causa.
 ÉL.- Yo soy el que te corresponde en esta calle.
 ELLA.- (*Se inicia el primer instante poético de la obra.*) Caminaré por las avenidas...
 ÉL.- (*Suplicante.*) Nuestra acción se ubica en esta calle.
 ELLA.- Me perderé entre los árboles de los jardines. Me contemplaré en las fuentes...
 ÉL.- ¡En esta casa se ubica nuestra acción. Junto a este hombre!
 ELLA.- ...llegaré a los suburbios y me internaré en la guarida de los lobos.
 ÉL.- ¡Te matarán! ¡Te mutilarán y dejarán tu cadáver...!
 ELLA.- ¿Quiénes?

ÉL.- ¡Los dueños de la causa!, ¿no lo sabes?

ELLA.- *(Terminantemente.)* ¡Ya no me importa la causa!

ÉL.- *(En un postrero y desesperado recurso para detenerla.)* ¡Policía, aprehenda usted a esta mujer!

POLICÍA I.- No puedo.

ÉL.- ¡Aprehéndala! ¡Cumpla usted con su deber, policía!

POLICÍA I.- No puedo... Me he enamorado de ella.

ÉL.- *(En un brusco arrebató.)* Entonces, los mataré a los dos; bang... bang...

Los cuerpos mortalmente heridos. Gran pausa en la que mueren y el hombre advierte que se ha convertido en homicida. El policía I y ella han caído muertos como tantas otras naciones en la tierra: sin dignidad ni previo aviso. La última expresión de ella puede ser: "¡Nooo...!", y la del policía I: "¡Caraaaaajo...!" Después ambos permanecerán muertos el resto de la representación; si es posible sin respirar. Ella deberá dejar la impresión de ser una tentadora flor marchita del verano; él, un joven solitario y turbulento como todos los jóvenes solitarios que trabajan en los cuerpos policíacos.

Aparece en escena el policía II: ojos pequeños, opacos y galantes. Acaba de recibir veinticinco dólares de propina de parte de Henry the IV Ford, por hacerle una llamada telefónica y salvarle la vida; además, está recomendado para un ascenso por sus acciones en la sierra. En la boca lleva un silbato, pero no lo hace sonar; de hacerlo, podrían llegar otros policías al lugar de los hechos. Su silbato es, entonces, una especie de caramillo sibilante en los labios de un pastorcillo enamorado. Llega, además, con ganas de hacer de las aguas, pero sabe que está ante la comisión de un crimen y deja esas ganas para otra ocasión.

POLICÍA II.- ¿Qué pasa aquí? Escuché detonaciones.

ÉL.- *(Serenamente.)* Soy un homicida convicto y confeso.

POLICÍA II.- ¿Por qué?

ÉL.- He matado a estos dos seres amados, en la puerta del Jefatorio de Policía.

POLICÍA II.- *(Sorprendido y retirando el silbato de su boca.)* ¡¿Usted?!
ÉL.- Sí.

POLICÍA II.- Y... ¿el móvil?

ÉL.- Pasiona. *(Pausa.)* Adulterio.

POLICÍA II.- ¡Ah! ¿Él le quitó la mujer o ella le birló el amigo?

ÉL.- Él me quitó la mujer.

POLICÍA II.- ¿Qué razones tuvo?

ÉL.- Simplemente se enamoró de ella.

POLICÍA II.- ¿Desde cuándo?

ÉL.- En el momento preciso en que la investigaba. Quedó seducido por su capacidad de abandono.

POLICÍA II.- Él es policía...

ÉL.- Usted también.

POLICÍA II.- Sí. *(Mueve el cadáver para verle la cara y reconoce que es su hermano: policías los dos hermanos.)* ¡Ernesto!!

Aquí advertimos que el policía I, muerto a la sazón, se llamaba Ernesto —el público, supremo juez, debe asociar la imagen soñadora de Oscar Íbilis Púbilis Mibilis Tibilis Wilde entrando al Magdalen College.— Debe acordarse de S. N. y su gran moco verdoso y debe —el público— adquirir la idea precisa de cómo se derrumba la gente que tiene el poder. Ernesto lo tenía; él era policía. Ahora solamente es un arbolillo seco, cerúleo y sin altanería. Pero su hermano, el policía II...

ÉL.- *(Escuetamente.)* ¿Lo conocía usted?

POLICÍA II.- Era mi hermano. ¡Mi hermano mayor!

ÉL.- Pues yo lo he matado. Lo siento.

POLICÍA II.- Gracias.

ÉL.- Debo entregarme.

POLICÍA II.- Pase ahí adentro.

ÉL.- ¿Hay alguien?... Me apenaría molestar... sin anunciarme... para entregarme...

POLICÍA II.- Sí... pero duermen... No importa. Ahora sin Ernesto no importa nada. Pase.

*(Acotación en verso:
en otra área del escenario
se coloca un escritorio,
atrás está un armario
y entrambos
uno de cuero sillón giratorio.
Es de la Policía el Jefatorio.)*

*Corderos, gansos y búfalos se reúnen a comer en el Jefatorio (luz de seguidor con mica magenta:) desfilan cestas llenas de espinacas, colinabo y coliflores moradas; incalculables granos de maíz deben ser vaciados en una platea, produciendo música de aliento; canastas desbordadas con lingotes de plata, cuentas de oro, pescado blanco de Pátzcuaro, carpas de Israel, charales de Xochimilco; ferrocarriles rebosantes de petróleo y albahaca, de uranio y orégano, de manganeso, zinc, tomillo, mejorana; y a los postres: anonas, chirimoyas, pepitorias, goyorías, parsimonias, as you liked; marineros mordiendo lúbricas manzanas de California; paquebotes desbordantes de petrobonos marinados; síndicos cínicos, herederos de nabos, nueces y libaneses; bandejas llenas de perlas japonesas, iridiscentes ostiones ahumados; jamaicas ferruginosas, grosellas libidinosas; enfermos voladores de Papanla, chacomoles fornicantes, alacranes de vainilla... y durante todo eso, el respetable público repetirá —noble y espléndido— como en un ritornelo inacabable: "¡Tripas, tripas, tripas, tripas, tripas...!"
Él se sorprende ante la Justicia.*

ÉL.- Buenas noches, señor.

POLICÍA III.- Buenas noches.
 ÉL.- ¿Está el jefe de la Policía?
 POLICÍA III.- Sí, cómo no. Pero en estos momentos se encuentra reposando. Yo quedé en su lugar. ¿En qué puedo servirle?
 ÉL.- Vengo a entregarme a la Policía.
 POLICÍA III.- Sí, cómo no. ¿Con qué objeto?
 ÉL.- Quiero decir: vengo a declararme convicto y confeso.
 POLICÍA III.- Le agradezco su sinceridad. ¿Gusta usted tomar asiento? *(No debe hacer silla ni mueble alguno, aparte del escritorio, el armario, el de cuero sillón giratorio, en este triste Jefatorio.)*
 ÉL.- Gracias.
 POLICÍA III.- De nada. Voy a tomarle sus generales.
 ÉL.- He venido a rendir mi declaración. Quiero decir: a declararme convicto y confeso.
 POLICÍA III.- Lo he entendido así, señor; y me he permitido felicitarlo por su sinceridad.
 ÉL.- Acabo de matar a mi amante.
 POLICÍA III.- *(Escribiendo con gran dificultad.)* ...matar a mi amante...
 ÉL.- Y acabo de matar al teniente Ernesto.
 POLICÍA III.- *(Siguiendo escribiendo las dos últimas palabras con dificultad menor. Las conoce de sobra.)* ...teniente Ernesto.
 ÉL.- *(Desea sacar plástica.)* ¿Lo conocía usted?
 POLICÍA III.- ¿A quién?
 ÉL.- ¿Al teniente Ernesto?
 POLICÍA III.- Su amante... ¡Claro que sí! ¡Uno de nuestros mejores elementos!, hermano del subteniente Raúl.
 ÉL.- Ahora yace a las puertas de este Jefatorio de Policía.
 POLICÍA III.- ¿Quién? ¿El subteniente Raúl?
 ÉL.- Junto a su hermano, el teniente Ernesto.
 POLICÍA III.- ¿Quiere usted decir que cometió un doble asesinato?
 ÉL.- Así es.
 POLICÍA III.- Debo entender que usted es doblemente convicto y doblemente confeso. Su declaración es doble; su sinceridad es doble, por lo tanto...
 ÉL.- Quizá eso me sirva de atenuante...
 POLICÍA III.- De mi parte, ¡le agradezco la sinceridad!
 ÉL.- ¿Usted ha matado a alguien?
 POLICÍA III.- No. Yo soy policía. Nos lo impide el Reglamento de este Jefatorio.
 ÉL.- ¿Ha encubierto a alguien?
 POLICÍA III.- ¿Antes de muerto?
 ÉL.- *(Molesto por la evasión e imperativo.)* ¡No me responda con otra interrogación!
 POLICÍA III.- *(Con cierta dignidad, digo yo.)* Prefiero no responder.
 ÉL.- ¿Ha chantajeado a alguien? ¡¡¡Conteste!!!
 POLICÍA III.- ¡¡Nunca!!
 ÉL.- ¿Cometido extorsión?
 POLICÍA III.- Bueno... Muy contadas ocasiones.
 ÉL.- ¿Por qué?

POLICÍA III.- Pues... no sabría la razón exacta. Quizá alguna preocupación fundamental.

La noche ha avanzado al parejo que la representación; abrumadoras yeguas inundan de gasas el escenario frío de muerte y de dolor. Una frambuesa de desprende y va a dar a la boca de algún niño que se encuentre jugando al teatro. Los jóvenes del público son novillos desatados con la seguridad de la manipulación a su ternura, por los hilos sinuosos que mueven esta escena.

Cruza la escena Lionel Barrymore, en su silla de ruedas.

¿Cómo está ese viejo e inútil cerebro, Mr. Barrymore?, el resto de su cuerpo se lo entregamos al león de la Metro para que diera cuenta de usted; mejor cuenta de la que nosotros dimos. Aquí estamos con estos dos cadáveres semejantes a aquellos que producía Claude Rains trepado en el árbol mortal, aquel al que usted, Lionel, le mandó construir una cerca de madera para atrapar al mensajero de Orfeo y detener un instante siquiera, la empresa segadora de la muerte. Esa escena inmortal, Mr. Barrymore, se la agradezco en el alma; quiero decir, se la agradezco y la llevo en el alma. Usted con esa cara y en su silla de ruedas, fue el único que pudo detener la muerte.

POLICÍA III.- ¿A usted, qué le preocupa?
 ÉL.- Me preocupa mucho la sociedad.
 POLICÍA III.- A mí también.
 ÉL.- Para que vea.
 POLICÍA III.- Déme su mano.
 ÉL.- Aquí está. *(Los personajes continúan el diálogo con sus dos mandos bien trabadas.)*
 POLICÍA III.- Esto es mejor. Tomados de la mano podremos platicar a gusto.
 ÉL.- Usted también es policía.
 POLICÍA III.- ¿Cómo lo sabe?
 ÉL.- Es afectivo; afectuoso. Me inspira una gran confianza.
 POLICÍA III.- Gracias. Igualmente.
 ÉL.- En México, la gente que empieza a tomar... Usted sabe...
 POLICÍA III.- Sí, tequila... Lo conozco.
 ÉL.- Sí... Dice: "Yo soy tu amigo..."
 POLICÍA III.- Eso es bueno.
 ÉL.- Y sigue tomando...
 POLICÍA III.- ...tequila...
 ÉL.- Sí... dice: "Yo soy tu hermano..."
 POLICÍA III.- ¡Mejor aún!
 ÉL.- Y... al final... dice: "¡Yo soy tu padre!"
 POLICÍA III.- ¡¡Magnífico!!

Se inicia el tuteo.

ÉL.- Tú... ¿puedes ser mi amigo, mi hermano, mi padre...?

POLICÍA III.- Debo esperar a que despierte el jefe de la Policía. Estoy aquí para cuidar sus sueños.

ÉL.- Y...

POLICÍA III.- Sus sueños son hermosos. (*Ligeramente amanerado.*) ¿Los tuyos cómo son?

ÉL.- Yo no puedo dormir. No puedo conciliar el sueño.

POLICÍA III.- ¿Por qué?

ÉL.- ¡Por que soy un doble homicida!, te lo he dicho mil veces.

POLICÍA III.- ¿Por qué los mataste?

ÉL.- Quería abandonarme.

POLICÍA III.- ¿A ti?

En este momento dejan de tutearse.

ÉL.- Estuvo a punto de dejarme y quedarse con él.

POLICÍA III.- Bueno... él era hermano del subteniente Raúl...

ÉL.- ¡¡Pero el plan era mío!! ¡¡Teníamos una misión que cumplir... juntos...!!

POLICÍA III.- ¿Para siempre?

ÉL.- (*No comprende la pregunta.*) ¿Cómo?

POLICÍA III.- ¿Por toda la eternidad?

ÉL.- Sí... ¡el plan!, ¡la causa!, ¡la eternidad!

POLICÍA III.- (*Sin dejo alguno de tristeza.*) Y ahora todo quedará pendiente...

ÉL.- Sí, ahora todo quedará como al principio. Solo dos cadáveres tendidos en el frío mármol negro de la noche.

POLICÍA III.- ¡Qué pena! ¿Dónde pasa eso que usted me cuenta?

ÉL.- Aquí afuera.

POLICÍA III.- ¡Cómo! ¡Aquí afuera! ¡Mandaré por ellos!

ÉL.- No... por favor, déjame ir a mí; verlos por última vez.

POLICÍA III.- ¿Volverá?

ÉL.- Se lo prometo.

POLICÍA III.- Se me será difícil seguir velando el sueño del jefe de la Policía sin su cercanía.

ÉL.- Ya estoy de vuelta... (*Sale pero volverá.*)

Bajo de los cadáveres ha empezado a crearse involuntariamente un poco de moho portentoso, el que, al final de la obra, se habrá desarrollado al punto de haberse transformado en criptógamas, en fanerógamas, en líquenes resistentes indicadores de que esto sucede, invariablemente, con todos lo que mueren.

Es el moho público, el moho axilar embutido lo mismo en elegantes y harapientos moarés franceses que en borcegués ingleses. Cuero salado de cabra y de cabrón –del griego: tragón- cubriendo piadosamente al culto público mexicana, par que aprenda -¡bolas!-, de una vez por todas, que los griegos tuvieron que sufrir mucho, muchísimo para haber sido tan bellos. Cien, mil, un millón de estéticas batallas hubieron de sufrir los griegos para llegar a ser tan bellos.

¡Descansen en paz! Por lo tanto: ¿Sois bellos?, luego sufriréis.

ÉL.- Disculpe, señor policía, ¿qué hace usted entre esos cuerpos inermes?

POLICÍA II.- Rezo... Simplemente rezo por sus almas...

ÉL.- Pero es que... esos cadáveres me pertenecen. Maté a sus dueños hace unos minutos.

POLICÍA II.- Le suplico me deje permanecer al lado de éste. Era mi hermano, el teniente Ernesto.

ÉL.- Entonces usted es el subteniente Raúl, ¿no es cierto?

POLICÍA II.- Así es.

ÉL.- Tanto gusto. Yo soy el homicida.

POLICÍA II.- Déme su mano.

ÉL.- Con todo gusto.

Se saludan, se saludan, se saludan, ret cet ce.

ÉL.- ¿Puedo darle un abrazo? Pésame.

POLICÍA II.- ¡Claro! (*Se lo dan.*)

ÉL.- ¡No! ¡No se separe! Se está mejor así.

POLICÍA II.- Si usted lo dice.

Éste es un momento escénico semejante en su composición al del Abrazo de Acatempan: los mismos cuerpos, los mismos brazos anhelantes ligados a las carnes endurecidas por la calidad heroica del vestuario; incluso la misma escenografía –un pedazo del estado de Guerrero (de Vicente Guerrero), del de Oaxaca o bien de la huasteca potosina-. Los actores permanecerán abrazados diciendo sus parlamentos con la misma naturalidad con que se saludan y se abrazan un par de amigos que se encuentran casualmente en la calle, para preguntarse cómo van. Puede tenerse cuidado de que esta escena (escena fuerte sin temor a dudas) no resulte de mal gusto para los propios actores, tan propensos a abrazos, besos y golpeteos –a tal punto que pongan en riesgo crítico la autocracia del director autócrata, su impresionante capacidad marionetista-. ¡Que los actores obedezcan siempre... es la consigna, aunque los haga polvo de estrellas su director! No olvidemos que su principal encanto es la memoria.

ÉL.- ¿No le parece?

POLICÍA II.- Sí, sí me lo parece. Se está mejor así.

ÉL.- Permanezcamos así. (*Transición.*) ¿Quería usted mucho a su hermano, subteniente?

POLICÍA II.- A mi hermano el teniente Ernesto, sí; a los otros, no tanto.

ÉL.- ¿Lo amaba usted entrañablemente?

POLICÍA II.- Entrañablemente. Ésa es la palabra justa.

ÉL.- ¿Por qué?

POLICÍA II.- No sé... En fin... Ernesto supo ser amigo, hermano, incluso padre conmigo.

ÉL.- Eso es difícil de ver en las familias.

POLICÍA.- En casa siempre fuimos todos para uno y uno para todos en casa.

ÉL.- ¿En casa de quién...?

POLICÍA II.- En casa de papá y mamá... El principio de autoridad...

ÉL.- Cuénteme de ellos.

POLICÍA II.- No podría.

ÉL.- ¿Por qué? Aunque... prefiero no parecer indiscreto...

POLICÍA II.- No... sólo que siempre fui tratado como el más sensible del grupo...

ÉL.- Lo felicito.

POLICÍA II.- Es me ha ayudado bastante en la vida, como autoridad, como policía.

ÉL.- Por lo tanto, no veo el problema para que no me hable un poco de ellos.

POLICÍA II.- Lo haré con todo gusto. Pero antes quisiera pedirle un favor.

ÉL.- Estoy absolutamente a sus órdenes.

POLICÍA II.- No deseo que vaya a sentirse rechazado.

ÉL.- De ninguna manera.

POLICÍA II.- Quisiera desprenderme un poco de esta posición, pues siento un cosquilleo en el segundo espacio intercostal y debo rascarme inmediatamente.

ÉL.- Pierda cuidado, lo haré yo por usted. *(Empieza a palparlo para localizar el cosquilleo.)* Usted me dice dónde. ¿Por aquí?

POLICÍA II.- Tibio.

ÉL.- A la izquierda o a la derecha.

POLICÍA II.- Un poco más al centro. ¡Ahí! *(Lo hace y provoca la risa nerviosa del subteniente Raúl, dando lugar con ello a la inevitable separación.)*

ÉL.- *(Midiendo sus palabras.)* Usted ha inventado lo del cosquilleo para separarse de mí...

POLICÍA II.- *(Midiendo sus fuerzas.)* No, por favor.

ÉL.- *(Midiendo la calle.)* Y aún más: para reírse de mí.

POLICÍA II.- *(Dejando de medir y bruscamente.)* ¡Estoy dispuesto a demostrarle lo contrario!

ÉL.- ¿Cómo?

POLICÍA II.- ¿Gusta usted que vivamos juntos?

ÉL.- No. Yo no podría. No podría vivir al lado de un policía.

POLICÍA II.- ¿Por qué? ¿Qué tiene eso de extraordinario?

ÉL.- Me lo impedirían mis sentimientos de culpa.

POLICÍA II.- Eso no existe. ¡Pamplinas!

ÉL.- No se olvide que esas dos muertes me pertenecen.

POLICÍA II.- Bueno, habría que analizar las agravantes con que...

ÉL.- ¡Me hundirían! ¡Esas dos muertes son única y plenamente mías, de nadie más! Están incorporadas a mi vida... a mi muerte...

POLICÍA II.- Usted exagera; debe calmarse. Aquí en el Jefatorio sabemos entender las circunstancias...

ÉL.- Yo soy yo y mis circunstancias.

POLICÍA II.- Lo sabemos perfectamente en el Jefatorio. No se ahogue en un vaso de agua.

ÉL.- ¿Cohecho?

POLICÍA II.- Ahá...

ÉL.- ¿Chantaje?

POLICÍA II.- No será necesario.

ÉL.- Y... ¿los riesgos?

POLICÍA II.- Mínimos. Los jefes comprenden.

ÉL.- Pero ahí dentro hay un hombre velando los sueños...

POLICÍA II.- Lo eliminaremos. Los jefes comprenden.

ÉL.- ¿Por qué tiene esto que ser así?

POLICÍA II.- El poder corrompe, usted lo sabe. Además...

ÉL.- ¿¡Qué!?

POLICÍA II.- No... nada. ¡El sostén del poder...!

ÉL.- ¡Explíqueme usted las cosas, por favor! ¿Se olvida tan fácilmente que he matado a su hermano?

POLICÍA II.- No, eso jamás podré olvidarlo, esa muerte ha quedado incrustada en mi hoja de servicios.

ÉL.- Entonces, ¿cómo pudo usted proponerme que vivamos juntos?

POLICÍA II.- Me es usted simpático. Difícilmente podría entender la vida sin su cercanía.

ÉL.- *(Aparte.)* Eso es parte del plan.

POLICÍA II.- *(Lo ha escuchado.)* ¿Qué plan?

ÉL.- La causa de la causa.

POLICÍA II.- ¿La causa de la causa que es causa de lo causado?

ÉL.- ¡Sí! ¿Usted lo conoce?

POLICÍA II.- Trabajo con él.

ÉL.- ¡¡Compañero!!

Ahora los personajes son dos hermosos ejemplares del reino de Tauros: Pilades y Orestes no pudieron encontrar mejores medias lunas para el sol de los rayos de sus pelos.

ÉL.- ¡Santo Tomás de Aquino!

POLICÍA II.- ¡San Agustín!

ÉL.- ¡Los lugares sagrados de la escolástica!

POLICÍA II.- ¡Los lugares comunes de la patrística!

ÉL.- ¡La alegoría de las cavernas!

POLICÍA II.- ¡El banquete!

ÉL.- ¡Parménides de Helea!

POLICÍA II.- ¡Aristóteles de Estagira!

ÉL.- ¡Heráclito de Éfeso!

POLICÍA II.- ¡Erasmus de Róterdam!

ÉL.- ¡Catalina la Grande!

POLICÍA II.- ¡¡Venga un abrazo!!

Se abrazan y permanecen así, semejantes a dos hojas frescas de una tierna lechuga.

ÉL.- Me agrada estar en los brazos de un policía que habla de filosofía.

POLICÍA II.- Nos dan un curso de capacitación, ¿sabes?

ÉL.- Con que... ¿también en la causa?

POLICÍA II.- ¡Ahá!

ÉL.- Me proporcionas una gran alegría.

POLICÍA II.- Lo mismo. ¡La unión hace la fuerza!

ÉL.- Estoy pensando en algo.

POLICÍA II.- Imposible.

ÉL.- ¿Por qué?

POLICÍA II.- Porque cuando uno está unido fraternalmente a alguien, no se piensa.

ÉL.- Correcto; pero ahora pienso en algo.

POLICÍA II.- ...

ÉL.- Mi amante tenía en su bolso objetos que nos comprometían... a todos...

POLICÍA II.- Y mi hermano en su chaquetín debe conservar sus identificaciones. También nos comprometerían... a todos...

ÉL.- ¿Vemos? (*Se separan y van con los cadáveres.*)

En esta parte pueden tutearse o no, de acuerdo al estado de ánimo que el contacto con los artefactos les provoquen.

POLICÍA II.- Vamos. (*Tras de pausa.*) ¿Qué es eso?

ÉL.- Una granada. Mía. Únicamente se la di a guardar un momento, entre sus grandes senos.

POLICÍA II.- Bien... Y ¿eso?

ÉL.- Petardos.

POLICÍA II.- ¿Bengalas?

ÉL.- No, *Dynamite*. (*Pronunciarlo en inglés.*)

POLICÍA II.- ¡Cuidado con eso, es napalm!

ÉL.- Sí. Sustancia gelatinosa.

POLICÍA II.- Posee grenetina.

ÉL.- Esto también es mío. Un rollo de alambre.

POLICÍA II.- Para cercas.

ÉL.- No, para la *dynamite*. No tiene púas, no sirve para cercas.

POLICÍA II.- Tienes razón.

ÉL.- Bolsas de polietileno con dos kilogramos de pólvora.

POLICÍA II.- Muy bien.

ÉL.- Botellas de gaseosas.

POLICÍA II.- ¡Molotovs!

ÉL.- No, refrescos. A veces la sed desgarrar. También sándwiches.

POLICÍA II.- ¿Frutas?

ÉL.- También. Los postres. *Fromage*.

POLICÍA II.- Por la marca del *fromage* podremos determinar la nacionalidad de estos terroristas.

ÉL.- No es necesario. Ella era alemana.

POLICÍA II.- La conocías a fondo, por lo tanto.

ÉL.- (*Francalemente sereno.*) Le he dicho a usted que era mi amante.

POLICÍA II.- Perdón. Su pluma fuente...

ÉL.- No, el detonador del dispositivo. Al destapar el estilógrafo, todo volará con ella.

POLICÍA II.- Entonces ella no podía escribir... (*con un dejo de tristeza*) nunca...

ÉL.- Ella *no sabía* escribir. No era necesario.

POLICÍA II.- Disculpa, pero una mujer que no sabe escribir, no comprendo cómo puede tener hijos.

ÉL.- ¿Por qué?

POLICÍA II.- No sé... En fin... qué va a enseñarles a sus hijos...

ÉL.- Esa no sabía escribir y tampoco tenía hijos. Únicamente era mi amante y estaba en la causa.

POLICÍA II.- El cerebro de la operación.

ÉL.- Fabricaba por sí sola los mejores hombres.

POLICÍA II.- Su libreta de direcciones.

ÉL.- Es su polvera. (*Localizando algo y tratando de recordar.*) ¿Qué es esto?

POLICÍA II.- Su lápiz de labios.

ÉL.- ¡Nada de lápices! Un micrófono inalámbrico.

POLICÍA II.- ¿Japonés?

ÉL.- Naturalmente. (*Transición.*) Los retratos de sus hijos...

POLICÍA II.- Usted me había dicho...

ÉL.- ...conmigo. No tuvo hijos conmigo; ¿comprende usted?

POLICÍA II.- Perfectamente.

ÉL.- Su mapa.

POLICÍA II.- El mapa de la causa.

ÉL.- No, de sus vacaciones. Verano y humo.

Aquí la obra manifiesta cualidades de mensaje social; múltiples oportunidades de enviar al público señales de paz; el momento de hacerle entender, definitivamente, que ésta es una obra de condición conciliatoria entre los humanos y que si el público ofrece planos heterogéneos de lucha de clases, hacerle ver y oír que esta lucha también se presenta en el teatro hacia él. Y todo ello con el ánimo de que "la bestia fiera", como le llamó Ruiz de Alarcón, aprenda a servirse del hecho teatral para recuperar su condición humana (sic).

Entra el comandante en persona, ¿qué pasa con él, pues su semblante indica tedio y desazón? Seguramente vino al teatro como público, como uno más del público de esta noche, y, seguramente también, esperaba algo más de la obra.

POLICÍA III.- Disculpen ustedes, ¿tienen la bondad de decirme qué hacen junto a esos cuerpos yertos?

ÉL.- Estamos revisando los objetos de la causa.

POLICÍA III.- ¡Rapiña, subteniente Raúl!

POLICÍA II.- De ninguna manera, comandante mi comandante.

POLICÍA III.- ¿Cómo debo interpretar entonces su actitud misteriosa y su equívoca cercanía a un presunto homicida?

ÉL.- Yo he sido el que ha dado muerte a estos dos seres. Hace un rato entré a delatarme a mí mismo; usted se encontraba velando el sueño...

POLICÍA III.- ¡Del Jefe de la Policía!, ya lo sé y lo tengo presente. Tan lo recuerdo que traté de comprenderlo. En fin, de brindarle afecto. Pero usted...

ÉL.- ...Me sentí acompañado en mis sentimientos de culpa, así fue; pero usted velaba el sueño...

POLICÍA III.- ¡¡¡Del jefe de la Policía!!!, ¡pero no lo repita más! ¡El deshacerse de su amante y de la amante de su amante no le concede derecho...! (*Transición.*) ¡Subteniente Raúl!

POLICÍA II.- ¡Comandante mi comandante!

POLICÍA III.- Explíqueme a su cómplice cuál es mi trabajo durante las cuarenta y ocho horas del día...

POLICÍA II.- Velar el sueño del jefe de la Policía, comandante mi comandante.

POLICÍA III.- ¿Lo he entendido usted?

ÉL.- Absolutamente.

POLICÍA III.- Retírese, subteniente Raúl.

ÉL.- No... por favor...

POLICÍA III.- ¿Cómo?

ÉL.- No... que no se vaya... Se lo ruego.

POLICÍA III.- ¿Por qué no?

ÉL.- No sé... me constaría trabajo explicarlo, pero no... que no se vaya... se lo ruego...

POLICÍA III.- ¿Alguna liga emocional?

ÉL.- Quizá... aunque muy leve... transitoria... efímera...

POLICÍA III.- (*Muy penetrante.*) Sin duda una pasión; ¿no es así?

ÉL.- Sí... Una fuerte dependencia... Sus conceptos filosóficos... su manifiesta disposición para el abrazo...

POLICÍA III.- ¿Qué tiene?

ÉL.- No, nada; absolutamente nada. Es un muchacho como todos este subteniente Raúl.

POLICÍA III.- (*Evitando ser hiriente.*) Hábleme claro; se lo suplico.

ÉL.- Le he confiado hasta lo inconfiable. Hasta lo más desconfiado.

POLICÍA III.- Es verdad, usted me ha hablado de su propensión al abrazo; pero ¿qué le asombra? Esa propensión la tiene todo el cuerpo de Policía. Hemos sido entrenados para adquirirla y ponerla en juego.

ÉL.- Pero con el subteniente Raúl es distinto...

POLICÍA III.- ¡Subteniente Raúl!

POLICÍA II.- ¡A sus órdenes, comandante mi comandante!

POLICÍA III.- ¿Es cierto lo que dice este hombre?

POLICÍA II.- Es cierto, comandante mi comandante.

POLICÍA III.- A ver... Déme un abrazo. (*Se lo da.*) Es cierto. (*Así permanece.*) Quédese.

POLICÍA II.- Gracias, comandante mi comandante.

POLICÍA III.- ¿Alguna otra relación con los occisos?

POLICÍA II.- Sólo con el occiso, comandante mi comandante.

ÉL.- Eran hermanos, comandante su comandante.

POLICÍA III.- También ya lo sabía. Lo olvidé por un momento. (*Se separa consternado del subteniente.*) ¿Qué piensan hacer ahora?

POLICÍA II.- Seguir trabajando por la causa, juntos.

POLICÍA III.- Me parece bien. ¿En qué parte del mundo?

ÉL.- No lo sabemos aún. Esperaremos instrucciones.

POLICÍA III.- Como yo.

ÉL.- ¿Usted también trabaja por la causa?

POLICÍA III.- ¿Ustedes qué creen?

POLICÍA II Y ÉL.- Que sí.

POLICÍA III.- Pues sí... Yo también.

POLICÍA II.- ¿Podemos retirarnos?

POLICÍA III.- ¿A dónde?

ÉL.- No lo sabemos. Quizá... o tal vez a...

POLICÍA III.- ¿Y estos muertos? ¿Qué voy a hacer yo con ellos? (*Sorprende al subteniente Raúl postrado de hinojos.*) Subteniente Raúl, ¿qué hace usted?

POLICÍA II.- Rezo... rezo un poco... a nombre de la familia...

ÉL.- Me pregunta el comandante qué haremos con los muertos.

POLICÍA II.- No sé... enterrarlos, quizá. ¿Tiene usted otra opción, comandante mi comandante?

POLICÍA III.- Ninguna otra. Yo no.

POLICÍA II.- ¿Dónde?

ÉL.- ¿Dónde qué?

POLICÍA II.- ¿Dónde los enterramos?

ÉL.- No sé. En esta ciudad, ¿cuál es la costumbre?

POLICÍA III.- Enterrarlos. Enterrarlos simplemente.

ÉL.- ¿Al pie de un árbol? ¿Junto al lago? ¿De pie? ¿Decúbito dorsal? ¿De pecho? ¿De dorso? ¿Crowl? ¡¿Cómo?! Imaginación, digo yo...

POLICÍA II.- Mi comandante mi comandante tiene la última palabra.

POLICÍA III.- (*Después de pensarlo un poco.*) Pueden dejarlos un rato en el refrigerador del Jefatorio de Policía. Una temporada.

ÉL.- Invierno y humo.

POLICÍA II.- Gracias, comandante mi comandante, nos ahorra usted mucho tiempo.

POLICÍA III.- Es mi deber. (*El subteniente empieza a trasladar a los muertos.*) ¿Volverán por aquí...?

ÉL.- Yo no sabría decirle. Ahora me debo íntegramente al subteniente Raúl.

POLICÍA III.- Ojalá regresen... en otoño... las hojas empiezan a perder su color...

ÉL.- (*El subteniente Raúl, que regresa por el otro cadáver.*) ¿Crees que podremos volver en otoño?

POLICÍA II.- Probablemente.

POLICÍA III.- La luna se aproxima más al valle y, desde el Jefatorio de Policía, se diría que casi podemos tocarla...

ÉL.- Estupendo. ¿Y durante la primavera?

POLICÍA III.- La luna se aleja. Los árboles se oscurecen, se endurecen, entristecen de ausencia.

ÉL.- ¿Tienen postales de Jefatorio en primavera...?

POLICÍA III.- (*Abatido.*) No... ¡Que no!

ÉL.- Tampoco en otoño...

POLICÍA III.- Tampoco.

ÉL.- ¡Qué lástima! Este valle me evoca el precipicio de mi niñez. En tan semejante... sólo que vertical. ¡Sí! ¡Como un vallo puesto en pie! ¡Parado!

POLICÍA III.- Gracias... por los que aquí nacimos corresponde...

ÉL.- Le agradó la imagen.

POLICÍA III.- ¿Cuál?

ÉL.- La que mi voz fraguó.

POLICÍA III.- (*No comprende de qué se trata, pero al fin amable.*) Sí, cómo no, muy bella.

ÉL.- Ahí se la encargo. Muéstresela al jefe de la Policía cuando despierte.

POLICÍA III.- Lo haré encantado en cuanto despierte.

POLICÍA II.- Listos los cadáveres en el refrigerador del Jefatorio, junto al jefe.

Como música de fondo entra Mercedes Simone cantando: "Ya no tengo la ternura de tus besos / vago sola por el mundo sin amor / otra boca más feliz será la dueña / de esos besos que son toda mi ilusión /..."

ÉL.- Nos despedimos.

POLICÍA III.- (*Sin punticos ni primorcos.*) ¡Adiós, vuelvan pronto!

POLICÍA II.- (*Orgullosa y viril.*) Comandante mi comandante...

POLICÍA III.- Lo voy a extrañar, subteniente Raúl. Buena suerte.

POLICÍA II Y ÉL.- Adiós (*Los dos se van a vivir su vida.*)

"... hay momentos que no sé lo que me pasa / tengo ganas de reír y de llorar..."